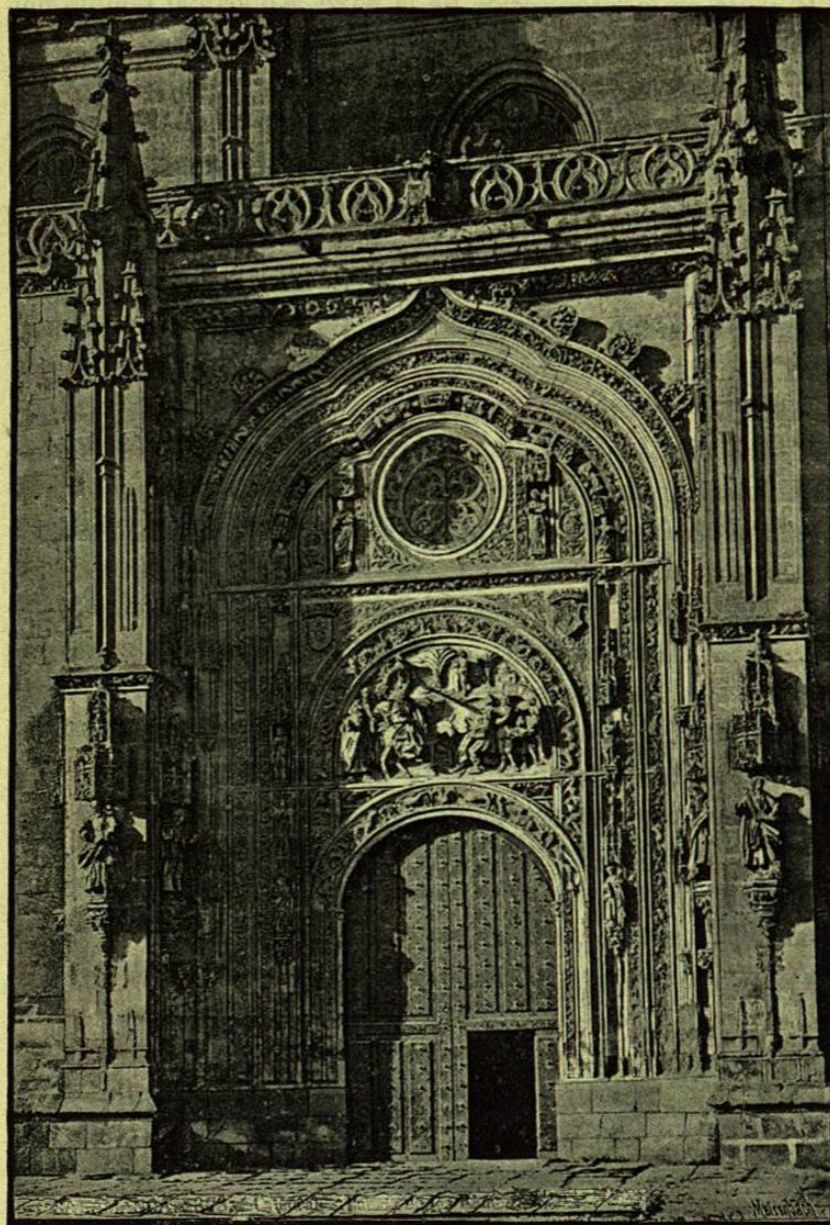


lo (1). Y en verdad que sea cual fuere el ojo con que se miren los engendros de la severa reacción que siguió á los desvaríos churriguerescos, triunfa de toda prevención á vista de aquel la nobleza y sencillez de la idea, reducida á un templete que sostienen doce columnas corintias agrupadas de tres en tres, no menos que la belleza de las estatuas de los apóstoles distribuídos ocho abajo y cuatro arriba, del Salvador en lo más alto de la cúpula, y de cuatro ángeles arrodillados en los ángulos del altar. Lo peor es que entre uno y otro proyecto la capilla mayor se ha quedado sin retablo, pasando provisionalmente, sabe Dios hasta cuándo, con unas colgaduras y dosel que cubre la efigie de nuestra Señora y un mezquino sagrario, á cuyos lados se han colocado en modernas urnas de plata las reliquias de S. Juan de Sahagún y de Sto. Tomás de Villanueva, traídas de la iglesia de S. Agustín.

Pero los vacíos, los lunares, las discordancias desaparecen ante la admirable unidad del edificio, ante su despejada grandeza, ante sus armoniosas proporciones. Es un cuadrilongo de 378 piés de longitud y 181 de anchura, cuyas tres naves y crucero componen veinte y siete bóvedas, subiendo las menores á una altura de 88 piés y de 130 las principales: los pilares tienen diez piés de diámetro y los torales doce, seis de grueso los muros y siete las portadas. Al entrar por las naves laterales anchas de 37 piés y medio, los ojos recorren sin embarazo toda su prolongada extensión hasta las últimas capillas del trasaltar: en la del centro, que mide 50 de latitud, tropiezan con el coro debajo de la tercera y cuarta bóveda y con la capilla mayor que ocupa la séptima y octava, pero levantándose un poco pueden espaciarse libremente por su bella crucería, ya que no se re-

(1) Costó el modelo 65,311 reales, y para la ejecución se presupuestaron un millón y 156,554 reales. Existe en el archivo la curiosa correspondencia del cabildo con el arquitecto y con el conocido don Juan Antonio Melón que intervino en el asunto. Debía colocarse este tabernáculo en medio del crucero debajo del cimborio con vista á los cuatro lados.



CATEDRAL.—PUERTA DE LOS RAMOS

creen mucho en la máquina del cimborio suspendido en lugar de la sexta en la intersección de la nave. Rodean al templo uniformes capillas de 28 piés en cuadro y de 54 de elevación, cinco en cada uno de los muros laterales hasta el crucero, y nueve más allá en el trasaltar, á saber tres en el fondo y tres á cada lado (1).

Como si todas á la vez hubieran nacido en la más temprana y mejor edad de la fábrica, llevan por dentro una misma decoración de gótico carácter, que las segundas imitaron de las primeras con bastante exactitud atendida la diferencia de los tiempos. La ventana semicircular que las alumbraba atavía su alféizar interior con una guirnalda no menos preciosa que la de fuera: cada capilla en su fondo tiene dos hornacinas y una en cada pared lateral, cuyo arco rebajado se incluye en otro á manera de frontón guarnecido de hojas de cardo entre agujas de crestería, y su hueco así se presta á recibir sepulcros como retablos. Dentro de este elegante marco invariablemente reproducido adquieren aquellos un realce que no les dan allí por lo general ni su antigüedad ni su forma, y se halla comprimida siquiera en menor espacio la detestable licencia de que en sus altares hizo tan frecuente alarde el barroquismo. Desde el principio, según consta en un contrato de Juan Gil, se labraron para cada capilla sus respectivos escudos que variarían después al tenor de los patronatos: la primera de la nave de mediodía, correspondiente al pié de la torre, no fué dedicada hasta 1630 por el regidor Lorenzo Sánchez de Acebes al santo de su nombre. Más de un siglo antes lucía ya la inmediata la riqueza y profusión de ornato en que vence á las restantes y que motiva su epíteto de *do-*

(1) Estas medidas que trae Dávila no andan todas acordes con las que se determinaron en la junta de los nueve maestros. La principal diferencia está en las alturas, pues sólo se marcaron entonces á la nave mayor 110 piés, á las laterales 70 ó 75, y 43 ó 45 á las capillas. También aparece del informe de los veedores en 1523 que debía tener el templo 30 piés menos de longitud es decir 348, y que en cambio al crucero se daban 228 avanzando sus brazos considerablemente fuera del fondo de las capillas.

*rada*, porque de oro están cubiertas con sus repisas y guardapolvos las innumerables figuras distribuidas por los nichos ó alineadas en varios órdenes al rededor de sus muros, á semejanza de las que hizo colocar el mismo fundador en la fachada de la parroquia de San Pablo. Fué este el canónigo don Francisco Sánchez de Palencia, cuyos títulos se publican en la hermosa reja plateresca, en el epitafio y en el friso de la capilla (1), y cuya efigie vestida de ropas sacerdotales reclina sobre la mano su cabeza. Excelentes pinturas de Navarrete el mudo distinguen á la tercera denominada del presidente de Liévana; la cuarta contiene á un lado el entierro y yacente estatua del canónigo Francisco Sánchez Palacios, que murió en 1591 con crédito de virtuosísimo. Por ella se baja al crucero de la catedral vieja, cuyo brazo mutiló la nueva obra destruyendo los cenotafios que al conde Raimundo y á Urraca había puesto allí al parecer la iglesia agradecida (2).

Así de capilla en capilla, dando la vuelta al templo, se llega á la del centro del trasaltar que coge todo el ancho de la nave mayor, á donde fueron traídos en 1744 desde la antigua basílica los restos de su primer obispo Jerónimo y el venerado Cristo de las Batallas, compañeros uno y otro, según la tradición afirma, de las gloriosas expediciones del Cid campeador (3). No lo desmiente la tosca y negra efigie, representada con los ojos abiertos, cuyo tamaño es de poco más de una vara, y cuyo primitivo carácter contrasta con el churrigueresco retablo que se le dió por albergue; ni guarda mayor analogía la moderna

(1) En la reja se lee: «Esta y la capilla mandó hacer el reverendo Sr. D. Francisco Sanchez de Palencia, arcediano de Alva y protonotario apostólico, acabóse en 1525.» La inscripción del friso en gruesos caracteres góticos le titula arzobispo de Corinto.

(2) Asegúralo Dorado con referencia al libro viejo de aniversarios del cabildo. Los restos del conde yacen en Santiago, los de doña Urraca en León.

(3) Véase la nota primera de la página 17. El epitafio discrepa de Gil González poniendo la muerte de don Jerónimo en 30 de junio, en el año convienen y van los dos equivocados. Al descubrirse su cadáver en 1607, dícese que se halló en sus dedos un anillo de oro con estas palabras: *Hieron. eps. servus Chr. fidelis.*

tumba del prelado con su respetable memoria. Escasean notablemente en aquella iglesia las sepulturas episcopales: en la capilla contigua á la anterior tiene su urna don Felipe Bertrán, fundador del seminario y uno de los obispos más enérgicos é ilustrados del último siglo (1); en el brazo meridional del crucero está la de don Agustín Varela fenecido en nuestros días, en el opuesto la de otro que carece de epitafio, y en dos capillas consecutivas de la nave del norte la lápida de don Salvador Sanz sucesor de Varela, y el sepulcro y tendida efigie de don Antonio Corrionero, trasladado en 1620 de la silla de Canarias á la de Salamanca. De los entierros de don Fernando Tricio y de don Jerónimo Manrique, verificados á fines del siglo XVI en la capilla mayor, no aparece señal alguna.

Al entrar en la sacristía por la nave del trasaltar correspondiente á la parte de la epístola, su magnificencia no deja echar de menos mayor pureza de arquitectura. En sus nichos semicirculares abiertos á lo largo de los muros, flanqueados de agujas con candelabros ó urnas piramidales, cubiertos de case-tones, ocupados por colosales espejos con marcos de cartela, hay amalgama de gótico, de plateresco y de barroco; campea en las bóvedas la crucería, al paso que pilastras y frontones curvos en los portales; y sin embargo no falta armonía al par que gravedad en aquel rico conjunto exento de revoque. Preciosos restos se envanece de poseer el relicario en sus urnas de plata, muchos de los cuales pertenecieron á los Templarios (2): entre las alhajas sobresalen un bello cáliz con el pié cuajado de figuras y labores góticas, el templete de la custodia gótico-

(1) Gobernó desde 1763 hasta 1783. Su tumba estuvo en la capilla del Seminario hasta la guerra de la Independencia.

(2) Nombra Dávila como principales tres espinas de la corona de Cristo, un pedazo de *lignum crucis*, un brazo entero de san Jorge, una espalda de san Lorenzo y la cabeza de una de las once mil vírgenes, á cuyas reliquias se han añadido entre otras los corazones de san Bartolomé y san Sebastián, una carta de santa Teresa, y los cuerpos de cinco mártires españoles, Arcadio, Probo y compañeros, que padecieron en África bajo el poder de Genserico, rey de los vándalos, y que los forjadores de cronicones han hecho naturales de Salamanca.

plateresco de abalaustradas columnas y de cúpula afligranada en cuyas agujas se muestran los doce apóstoles, y como objeto arqueológico un pequeño crucifijo de cuerpo denegrado sobre cruz verde con corona en la cabeza, al cual se atribuye por la semejanza del estilo la misma procedencia que al *de las Batallas*, suponiéndole transferido de las manos vencedoras de Ruy Díaz á las del prelado restaurador.

De esta suerte se enlazan con la solidaridad de sus glorias y recuerdos las dos catedrales, poniendo de mancomún la una su ancianidad y la otra su grandeza, y dispuestas á atravesar inseparablemente unidas las más remotas edades. ¿Por qué no había de suceder siempre lo mismo? ¿por qué no habían de conservarse más á menudo al lado de los templos cristianos las purificadas mezquitas, y las interesantes obras de la Edad Media junto á las fastuosas del Renacimiento? ¿por qué en el orden arquitectónico, con no menor ventaja que en el político y social, lo antiguo no había de apoyarse en lo nuevo, y lo nuevo ennoblecirse con lo antiguo?

